

hasta ahora no ha existido francés que proteste contra dicho título alegando se haya borrado con él la Francia del mapa del Viejo Mundo: quizá en aquella Nación *vieron* todos que Duruy, al suprimir por elipsis el adverbio *spécialement*, no incurrió en pecado alguno, y por esto le dejaron en paz. No hay que insistir acerca del particular: lo que ven muchos, puede no verlo uno solo por ceguera ó miopía inculpable.

Asevera Ud. con tino (pág. 55) que en las escasas treinta páginas que consagro á los resultados de la Conquista, no señalo en puridad sino dos: la despoblación general de América y la degeneración de la raza indígena; pero á mucho andar (pág. 65) agrega Ud. de manera reprensible:

«Con brevedad refutaré las dos conclusiones del Señor García.

«Cuanto á la primera, no hay que hacer más para destruirla que repetir que la mayoría de la población de Centro América, el Ecuador, Venezuela, Colombia, Perú, Paraguay y Bolivia es hoy, en 1901, de indios más ó menos cultos, y que de los 13.545,462 habitantes que, según el último censo, tiene la República Mexicana, seis millones, cuando menos, son de indígenas.»

Señor Sosa, ¿cuál es el fin que se propone Ud. al referirse al momento histórico actual, aparentando desconocer que yo he hablado en mi obra de la población indígena de los siglos XV y XVI? ¿Para darme una lección de buena fe?... Ojalá se ajustase Ud. de veras á ella, y preocupado tan sólo de la verdad, se remontara de una vez hasta aquellos siglos en busca de testimonios coetáneos capaces de destruir los innumerables que yo aduzco en pro de mis conclusiones. Si se resuelve Ud. á hacerlo, no se olvide sobre todo de traer un contundente mentís para el Cronista Mayor de las Indias don Antonio de Herrera, quien dijo á la letra: «por los papeles reales... se falla que faltan en sesenta e ocho años muertos á nuestras manos, quarenta millones de indígenas en todas las Indias; e de solo cargar los ombres, quince millones, como lo disce el Arzobispo de Sancto Domingo.» Entre tanto subsista este testimonio, motivo sobrado tendré para sostener que fué general—no lea Ud. total—en América la despoblación que ocasionó la Conquista: el autorizado Colegio Hispano Boloniense juzgó entonces que dichos papeles reales hacían prueba plena. Todo esto lo sabe Ud. bien, puesto que lo consignó en mi libro que *estudió más que leyó*, como Ud. mismo declara (pág. 6).

Aunque promete Ud. refutar igualmente la conclusión que establezco respecto de la degeneración de los naturales de América, lo cierto es que falta á su compromiso al llegar el momento de cumplirlo; escribe Ud. entonces (pág. 65): «No pretendemos negar que comenzó esa degeneración con la Conquista y que durante el coloniaje (sic) acreció.» Empero, á las pocas líneas (loc. cit.) se arrepiente Ud. de su confesión, quizás porque teme agrave la responsabilidad de sus defensos, y prontamente trata de atenuarla con el aserto de que de tal degeneración «más

culpable es la raza máxica, es decir, la en que se reclutan las llamadas clases dirigentes (sic).» Es Ud. pésimo juez; convéznase de ello y no pronuncie nuevas condenaciones; cosas muy distintas son una acción y una inacción. Supongamos que Ud. calumnia con hechos positivos, palabras ó escritos; merecerá una pena que puede llegar á ser hasta de veinte años de prisión conforme á la frac. II del art. 665 del Código Penal: otra persona se niega á declarar en favor del calumniado: incurre en una mera inacción, más ó menos censurable, pero que en todo caso sólo será castigada con multa y apercibimiento según el art. 905 del propio Código. Mutatis mutandis, hay asimismo diferencia inmensa entre los dominadores españoles y nuestras actuales clases directoras; aquéllos *produjeron* la degeneración de los naturales con despiadados martirios y prolongada opresión mortal, mientras que las segundas *no han hecho* cuanto habrían podido para aliviar la triste condición de las clases indígenas sus hermanas: hay en esto culpa grande en verdad, pero no tanta, señor mío, como en los verdugos de tres siglos.

Paso por último al principal tema sostenido por Ud., ó sea que mi obra es inoportuna, etc. Este punto merece más atención que los anteriores por ser en el que insiste Ud. con mayor tesón.

Las argumentaciones de Ud. acerca del particular, me traen á la memoria al historiador don Lucas Alamán, á quien don Vicente de Iturrigaray, en obra interesantísima que autógrafa guardo en mi poder, llamó: «El escritor que ha ultrajado más la Historia,» y del cual Ud. escribió hace diez y siete años fué «el hombre que acometió la tarea ingrata de presentar al mundo como los seres más criminales y perversos á los que le dieron patria;» del propio modo que Ud. reprueba hoy mi libro porque no le parece oportuno para España, á la que sin consideración pinta Ud. (pág. 11) como «un herido al que cobija una tienda sobre la cual ondea la humanitaria enseña de la Cruz Roja;» así condenaba aquel historiador malévolo la obra más gloriosa de México, la Independencia, á causa de que al haberse realizado, «cuando España se veía invadida por un enemigo de tan gran poder (Napoleón), parecía muy poco generoso pretender apartarse de una nación con la que Méjico había estado ligado por tres siglos con tan íntimas y estrechas relaciones, negándole los auxilios que pedía en su mayor apuro.» Pero dejemos á don Lucas, que nada bueno nos ha de enseñar, y concretémonos á nuestra cuestión.

Es indudable que si para publicar mi obra hubiese tenido yo que esperar el instante en que fuera grata al pueblo español, nunca habría podido darla á la prensa, porque nadie, ni Ud mismo que me impugna, va á pensar que llegará día en que España escuche con placentero oído cuán inhumanamente hubo y despobló el Nuevo Mundo. Fuera de esto, ¿no será ya tiempo por ventura de que volvamos los ojos hacia las razas indígenas, á las que Ud. pertenece, señor Sosa, é indaguemos el origen de su degeneración, hoy, después de que han pasado sobre ellas tres largas centurias

de opresión asfixiante y una escasa de inexcusable indiferencia? ¿No teme Ud. que su negativa *haga estremecer á sus antepasados en sus tumbas?*

¿Piensa Ud. sinceramente que nada debemos escribir en provecho de esas razas infortunadas, si con nuestros escritos podemos lastimar la *susceptibilidad* de los españoles, que probablemente no los leerán?

Mas quiero suponer que España toda devore con ávidos ojos mi obra. Aún así, no hay el menor motivo para que se alarme Ud. Años hace que esa nación está acostumbrada á oír amargas verdades de boca de los más insignes de sus hijos: básteme citar sólo á dos, de escuelas opuestas, pero ambos de ilustración y buena fe intachables: doña Emilia Pardo Bazán y don Francisco Pi y Margall.

Fué este avanzado pensador quien á raíz de la guerra hispano-americana no tuvo empacho para lanzar á la publicidad los siguientes conceptos:

«Algunos periódicos, para consolarnos de nuestros desastres, recuerdan hoy las glorias que adquirimos en la conquista de América. Sería mejor que las callaran. Si creyéramos en la Providencia, diríamos que en el presente siglo, nos hace purgar los crímenes que allí entonces cometimos. Nuestras pretendidas glorias no fueron sino una interminable serie de hechos que nos deshonran.

«Lo leímos por primera vez en el Padre Las Casas y nos parecieron por demás exagerados. Nos hubimos de convencer de que eran ciertos, apenas hubimos ojeado á los demás historiadores del tiempo de la Conquista. Todos reconocen que procedimos con la mayor barbarie, así en la lucha como después de la victoria.

«¿Quién creéis que fué el más culto de los conquistadores? Hernán Cortés sin duda. Hernán Cortés enfrente de Tlaxcala hizo cortar las manos á cincuenta mensajeros por *sospechas* de que habían ido á inspeccionar su campo, y en Cholula pasó á cuchillo á 3,000 hombres indefensos por *sospechas* de que aquella ciudad había tramado una conjuración contra su ejército.....

«... Ley alguna bastó nunca á refrenar la barbarie ni la codicia de los peninsulares.

«*Está aún por escribir la historia de España:* nuestra historia viene hoy por hoy reducida á una serie de leyendas. Urge que se las reemplace por la historia verdadera á fin de que no padezcamos ilusiones como las que nos han traído á las presentes guerras. América toda se ha sublevado en este siglo contra nosotros, y ha conseguido al fin dejarnos sin una pulgada de territorio. ES EL JUSTO CASTIGO DE LOS CRÍMENES QUE HEMOS CONVERTIDO EN GLORIAS.»

Un año después, en 1899, era doña Emilia Pardo Bazán la disertante que en pleno país extranjero, en París, ante la *Société de Conférences*, al eferirse á la misma desgraciada guerra, decía:

«El golpe ha despertado á los durmientes, desatado las lenguas antes mudas; se reconoce la magnitud del problema y llueven artículos, discursos, folletos, libros que sin compasión barren los oropeles legendarios... ¡Ah! la Patria tiene hambre y sed de verdad... hoy NUESTRO VERDADERO AMIGO SERA QUIEN NOS FUERCE, POR CUALQUIER MEDIO, ASI SEA CHAPUZANDONOS EN UN BAÑO DE TINTA MUY NEGRA Y ACRE, A MEDITAR ACERCA DEL ORIGEN DE NUESTROS FRACASOS Y TRIBULACIONES.» ¿Se va Ud. entendiéndolo, señor Sosa?

Ya me figuro verle callado, perplejo y compungido al saber que mientras aquí un mexicano de sangre y nacimiento ha quebrado enmohecidas y embotadas lanzas contra mí, porque he dicho algunas verdades concierne al pasado de España, los propios hijos de ésta proclaman á voz en cuello otras relativas al presente, más dolorosas aún y con energía desesperada, «como el que aplica botones de fuego á un enfermo de la médula:» así vuelve á expresarse doña Emilia Pardo Bazán formando saludable coro patriótico con Pi y Margall, Pérez Galdós, Fernández Duro, Mallada, Becerro de Bengoa, Lapoulide, Macías Picavea, Marqués de Torre-Hermosa, Alcázar, Sellés, Maeztu, Rodríguez Martínez, Alba, Corral y otros honrados y valerosos escritores *españoles* que aman y dicen la verdad desnuda, sin guiñapos ni brocados que la encubran.

Es que esos eximios pensadores están bien persuadidos de que: «Los espíritus elevados de hoy día, como escribe Rodenbach, conocen y vigilan los errores y los males de la Nación, los deploran y procuran remediarlos.» De otra suerte obran los espíritus mezquinos.

Pero volvamos á la Historia: tengo que convencer á Ud. de que ésta no es ya la que fué.

Primeramente y durante un larguísimo período, la Historia no tuvo más objeto que halagar á los individuos, á las familias ó á los pueblos; diósele por esto al nacer un carácter panegírico, según se ve en muchos monumentos del antiguo Oriente y del viejo Anáhuac; en Grecia con Tucídides, en Roma con Tito Livio, y aun en tiempos relativamente cercanos, en Francia con Froissart y Pisan, en Alemania con el austriaco Enikel, y en Inglaterra con Hall y Fabian, la Historia conservó su condición primera.

Bien que animada desde entonces de cierto espíritu de crítica, no llegó empero durante largos siglos todavía á romper por completo los añejos moldes ni menos á alcanzar vida propia, y continuó de hecho formando una mera parte de la literatura: en Barante y Chateaubriand, en Evers y Fallmerayer, en Mitford y Macaulay, vemos aún á la Historia plagada de falsas leyendas y supersticiones retóricas, mitad verdad, mitad fantasía, ora fiel resurrección del pasado, ora eco caprichoso del alma del autor, aquí inmoviblemente cimentada con documentos irrefutables, allá abandonada en el aire como mariposilla de frágiles alas.

Por lo que hace especialmente á España, la historia fué no sólo encomiástica—las siete Partidas prevenían al hablar de las escrituras públi-

cas: «E si algun fecho señalado que sea a honrra del Rey, e de su señorio acaeciére.... deuen lo y facer escriuir»—sino en gran parte netamente fabulosa, dada la doctrina sostenida por escritores de autoridad de «que era lícito falsear la Historia cuando el honor ó el interés de la patria lo exigía,» según leemos en don José Godoy Alcántara y lo comprueban los innumerables é indigestos falsos cronicones que tan eruditamente analiza este autor. Ni podía ser de otra manera: el historiador que no halagara á los monarcas ni pagase tributo á las doradas leyendas que constituían el orgullo nacional, jamás habría obtenido licencia para imprimir sus obras: por ley expedida en Madrid á 13 de junio de 1627, se previno «se ponga particular cuidado, i atencion en no dexar que se impriman libros, no necesarios, o convenientes, ni de materias que deban, o puedan excusarse, o no importe su lectura, pues yá ai demasiada abundancia de ellos, i es bien que se detenga la mano.» En los actuales momentos, como nos dijo con laudable sinceridad don Francisco Pi y Margall, *está aún por escribir la Historia de España*; en términos más generales manifiestan los estinados escritores, también españoles, don Alfredo Calderón y don Santiago Valentí Camp: «Ningún país se halla tan necesitado como España del cultivo de la nueva disciplina, porque en ninguno la ignorancia audaz y presuntuosa, el ciego empirismo, la gárrula é insubstancial palabrería ha causado estragos tamaños.»

Sin embargo, por lo que mira al resto de Europa, podemos hacer notar con Langlois y Seignobos que desde hace «cincuenta años se han desprendido y constituido las formas científicas de exposición histórica, en armonía con esta concepción general de que el fin de la Historia es, no agrandar, ni dar recetas prácticas para conducirse, ni conmover, sino sencillamente saber»—téngalo Ud. presente, señor Sosa;—Taine escribe á su vez: «el historiador que trata la Historia como lo merece, es decir, como ciencia . . . no se preocupa de excitar el odio ó el amor, de mejorar los corazones ó los espíritus . . . no ama sino la verdad absoluta.» Efectivamente, el historiador honrado en nuestros días sólo procura descubrir la verdad entre el espeso fárrago de leyendas falaces y tradiciones erróneas que la ocultan.

Así que hoy por hoy la Historia, á la par de las otras ciencias, no vive de la mentira sino de la verdad: es imposible cualquier amalgama entre la ciencia y el engaño.

Podemos decir consiguientemente que llena su cometido el historiador que se concreta á exponer los hechos pasados tales como se sucedieron en su encadenamiento natural, sin preocuparse de ser grato ú oportuno, retórico ó moralista, ni de ninguna otra cosa: «que los hechos sean bellos ó feos, poco le importa, dice Taine; no tiene por deber ni por deseo sino suprimir la distancia de los tiempos, poner al lector frente á frente de los objetos, hacerle concudadano de las personas que describe y contemporáneo de los acontecimientos que refiere.»

La buena crítica debe exigir á un historiador que no falsée los sucesos,

ni disfigure á los hombres, ni omitan circunstancias necesarias para que el leyente forme juicio cabal; en una palabra, que sea exacto, y para garantía de esto que documento paso á paso toda su obra. No quedando bajo la inspección inmediata del historiador los antiguos hechos, no logrará conocerlos sino por las huellas que hayan dejado, ó sean los documentos; de aquí que digan, Lacombe, «Sans érudition pas d'histoire,» y Langlois y Seignobos con mayor precisión «pas de documents, pas d'histoire»: nadie tiene derecho de atestiguar con su palabra lo que no vió.

Todo eso se podrá pedir al historiador, y si Ud quiere, hasta estilo correcto; pero no *oportunismo* ú oportunidad, accidente absolutamente desligado del fin de la Historia.

Los mismos inquisidores, que tanto mal hicieron á las ciencias y á las bellas letras, no osaron anatematizar una sola obra por inoportuna: condenaron infinitas, pero sencillamente por considerarlas contrarias á los principios que ellos reputaban por los únicos verdaderos. Entre los innumerables mártires del libre pensamiento, recuerdo á uno de los más sobresalientes, Galileo, autor de los *Dialogi quattro, sopra i due massimi sistemi del mondo, Ptolemaico e Copernicano*, publicados en Florencia el año de 1632; pues bien, si esta obra dió origen á que el autor fuera encarcelado, no obstante sus enfermedades y su muy avanzada edad, y á que se le condenara á prisión indefinida, á recitar semanariamente durante tres años los Salmos de la Penitencia, y lo más cruel, á abjurar, puesto de rodillas, de sus inmortales ideas, las hijas legítimas de su genio poderoso y de su meditación perseverante; se debió á que esas ideas, aunque manifestación luminosa de verdad, fueron vistas como engendros funestos de la heregía y del error: no como inoportunas, tacha peregrina en que nadie había pensado antes que Ud. «La doctrina atribuída á Copérnico, proclamaba el célebre decreto expedido en Roma hacia 1616, de que la tierra se mueve alrededor del sol. . . es contraria á las Santas Escrituras (la suprema verdad en aquel entonces), y por consecuencia no puede profesarse ni defenderse:» resulta así que únicamente por haber atacado lo que se suponía cierto en absoluto, ó como rezaba la sentencia, para que el «error no quede impune,» fué condenado Galileo: no por inoportuno; es indispensable repetirlo.

¿Por qué hacer, pues, hoy, en época de libertad de ideas, lo que no osaron en tiempos de rigurosa esclavitud intelectual ni los más encarnizados enemigos del progreso? No, señor Sosa, en lugar de atajar á la verdad, hay que allanarle de buen grado su camino, principalmente en el escabroso terreno de la Historia; sólo así ésta, según lo predecía Augusto Comte, preponderará irrevocablemente en filosofía, en política y aún en poesía, y «llegará á ser muy pronto la ciencia sagrada:» no hay otro medio de que la Historia forme sólida base á la sociología, resumen último de todas las ciencias humanas.

* * *

Asegura Ud. (pág. 7) que no emprendió su refutación sino hasta que hubo *estudiado* detenidamente mi libro; mas si así fuera, ni habría descubierto el fin de verdad que ostensiblemente perseguí, ni habría visto en el fondo de mi conciencia intenciones torcidas que nunca anidaron en ella, ni habría dejado de notar en mi obra algún error manifiesto, como el de atribuir á San Fernando actos de su padre don Alonso IX, por haberse omitido en la impresión varias palabras que no tenía Ud. obligación de adivinar.

De cualquier modo que sea, pude yo haberme excusado de replicar á Ud.; para ello me hubiera sido suficiente hacer ver que no ha *sentido* Ud. su refutación, supuesto que Ud. mismo escribió en «El Episcopado Mexicano,» págs. VI, VII y VIII, lo que textualmente copio:

«Contrístase el ánimo, despiértase en el corazón la ira, y se necesita entrar en una reflexión detenida y profunda del espíritu de la época y del carácter de los hombres que en ella viven, para no manchar las páginas de una obra como la presente con las frases que la indignación arranca, al leer las crueldades, las depredaciones de los conquistadores en el territorio del Anáhuac durante los primeros cuatro años que siguieron á la toma de México; crueldades y depredaciones tanto más odiosas cuanto que las cometían aquellos que se llamaban los soldados de la religión dulce y benigna de Jesucristo.»

«Una conquista no puede realizarse si no es de la manera con que Cortés realizó la suya... se nos dirá.

«Pero no logrará justificar á los conquistadores quien tal intente, porque LA MAYOR PARTE DE LOS CRIMENES INAUDITOS PERPETRADOS EN LOS INDIOS, NO SE LLEVARON A CABO EN LOS COMBATES, sino á sangre fría y para despojarles de sus riquezas, para reducirlos á la condición más degradante y vil, para esclavizarlos por siempre; y todo esto por los que venían á la patria de Moctezuma trayendo, como los soldados de Constantino, el lábaro santo, después de engañar á la Silla Apostólica, ó más claramente, después de sorprenderla con promesas que estuvieron muy distantes de ser cumplidas.

«Sin el benéfico influjo de los misioneros, YERMO HABRÍA QUEDADO EL TERRITORIO, LA RAZA QUE LO POBLABA HABRÍA DESAPARECIDO. Aducir autoridades en comprobación de esta verdad, sería lo mismo que presentar aquí íntegra la bibliografía mexicana.»

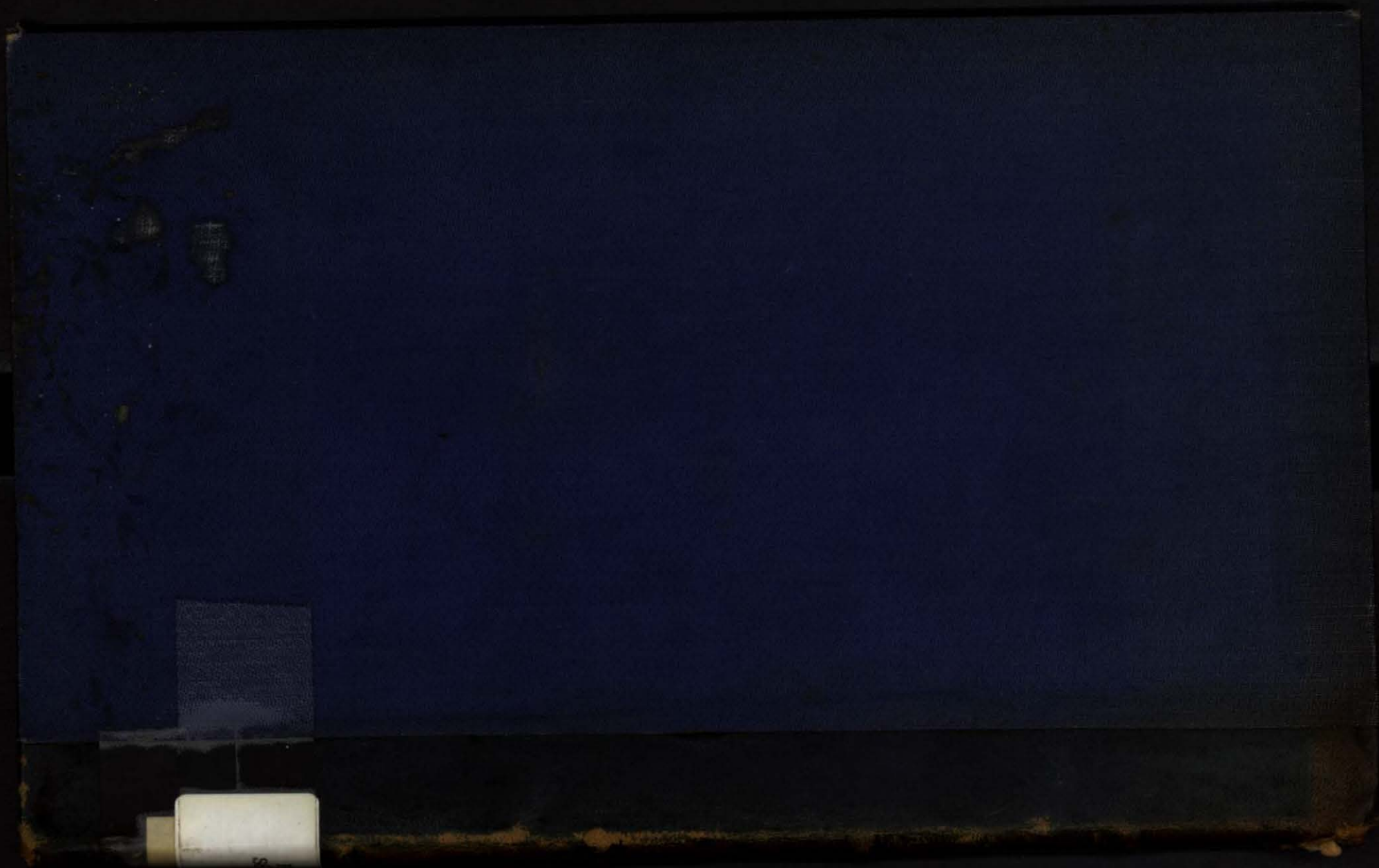
Cabalmente estas conclusiones establecidas por Ud. de manera lírica, son las que yo he sentado analíticamente con severa crítica, haciendo que hablen paso á paso, á su debido turno y sin adulterar su propio lenguaje—para mayor autenticidad de mi obra,—los protagonistas castellanos de la Conquista, los Monarcas y otros dignatarios de la época, los misioneros y demás religiosos que inmigraron entonces acá, é igualmente los primeros cronistas é historiadores posteriores hasta nuestros días: no está de más insistir en esto.

He replicado á pesar de todo, porque temí, ¿á qué negarlo? que si no destruía los errores propalados por Ud., cudiesen y arraigaran en muchos individuos; por desdicha la mala yerba es la que más fácilmente se propaga: frente á ella, aun los obligados á cegarla, los que se titulan campeones de la verdad, suelen cruzarse indolentemente de brazos por ignorancia, apatía, conveniencia ú otro interés bastardo, cuando no le muestran incondicional apego.

He terminado, señor don Francisco. Permítame ahora que á ejemplo de los esgrimidores que al concluir un asalto se quitan el guante para darse amigablemente un apretón de manos, deje yo la pluma de combate para dar á Ud. un consejo en señal de estima: NO VUELVA A LLEVAR A PERSONA ALGUNA AL TERRENO DE LA HISTORIA; así al menos nadie verá á Ud. ya ofrecer perlas de magnífico oriente, y presentar sólo negras conchas de moluscos viscosos; poner irreverentemente tiara episcopal á frailes procaces, y arrancarla con desacato de cabezas episcopales excelsas; absolver sin escrúpulo crímenes horrendos, y condenar inexorablemente simples faltas; predicar lleno de unción paz y concordia, y suscitar desatentado rencores y odios; protestar pulcra caballerosidad, y ofender con arrebatado descomedimiento á quien nunca le causó el menor mal.

Réstame, lo único que me es agradable en esta carta, suscribirme de Ud. afectísimo, atento y S. S.

Genaro Garcia.



8